

ENRIQUE CENTENO.

# Señora ministra: son diez mil

LA mentira se produjo hace ahora un año. Fue con ocasión de la suspensión repentina del Festival Internacional de Madrid tras doce ediciones de estimulante programación. En un contubernio impresentable, el Ministerio de Cultura, la Comunidad de Madrid y el Ayuntamiento decidieron que no deberíamos ver los trabajos de Peter Brook, de la Royal Shakespeare, de Darío Fo, de Peter Stein, Vajda o Bergman. Aquel festival costaba 150 millones, y nuestros impresentables responsables decidieron que era preferible gastarlos en la rehabilitación de teatros españoles. Nadie se lo creyó, porque la Administración tie-

ne casi siempre el cinismo de enunciar mentiras convencida de que los administrados son poco menos que deficientes.

Como es natural, siguen nuestros teatros sin reforma alguna e incluso continúan cerrándose. Al cierre del Cómico le seguirá estos días el Maravillas, en el que debería debutar Juan Echanove con «El cerdo», que ha estado agotando las más de mil localidades del Albéniz durante quince días y ahora no tiene sala donde continuar. Era todo una mentira más: el Alfil necesita diez millones para cubrir sus necesidades de infraestructura y las instituciones se encogen de hombros y el INAEM paga decenas de millones para

que Narros haga su juguete traicionero con el texto de «Marat-Sade» en el María Guerrero. Nos quitaron el Festival Internacional y ahora quieren quitarnos todo lo demás. Estorba el teatro, como siempre ha sido.

Algunos responsables del teatro Alfil han visto ya cerrar otras salas alternativas en las que estuvieron involucrados, como la histórica Cadarso o El Gallo Vallecano, ejemplos de programación comprometida por una cultura digna. Nada les extraña, aunque ahora lancen un SOS con estas «acciones» de 10.000 pesetas para salvar el Alfil. Tampoco les extraña que nadie del PP estuviera en la asamblea de ayer. Pero cabe pre-

guntarse qué piensa de todo esto Carmen Alborch, la ministra de Cultura que ha heredado la gran mentira y que ahora se propone reestructurar los teatros nacionales, como si ellos fueran la única opción a nuestra escena. Si la ministra no dispone de diez millones para reflotar el Alfil, un espacio de imprescindible tradición en Madrid, debería dimitir y a continuación comprar a título particular una acción de 10.000 pesetas para colaborar a que en la calle del Pez sigamos viendo el trabajo de creadores alejados de escaparates y campanillas. Y evitar, de paso, las carcajadas de Matanzo, el siniestro concejal a que esta sala pone enfermo.